

PRESENTACIÓN

EL VALOR DE LA PALABRA EN SU CIRCUNSTANCIA Y OCASIONALIDAD. A MODO DE PRESENTACIÓN

THE VALUE OF THE WORD IN ITS CIRCUMSTANCES AND OCCASIONALITY. A PRESENTATION

Recibido: 15/10/2025 • Aceptado: 02/11/2025

Doi: <https://dx.doi.org/10.6018/rmu.684061>

Publicado bajo licencia CC BY-SA

Como prefacio a esta edición, nos dejamos llevar por el proceloso camino de la palabra a través de un nuevo número de *Revista Murciana de Antropología* intitulado «Literatura y tradición en el sureste español», número que nos dice del ser y estar de esos vocablos enhebrados por el hombre para disponer la vida mediante canales rituales como medios de expresión y comunicación, ya fueren internos, externos o colectivos.

Si acudimos a la grandiosa obra *Divinas palabras* del dramaturgo, poeta y novelista Ramón José Simón Valle Peña, más conocido por Ramón María del Valle-Inclán, advertimos una historia repleta de miseria moral, caracterizado todo por esa ambientación goyesca del denominado esperpento, como así sucede con el personaje Laureaniño, el cual es utilizado por la caterva familiar para sacar rédito económico de su aspecto, a costa de la bonanza de la gente. Es así que la misericordia, la avaricia, la crueldad, la muerte, la lujuria... tamizado todo por esa corriente del esperpento valleinclaniano que comentábamos, como contrarreforma al colorido modernista, pone de manifiesto la bajeza humana en todo su esplendor. Pues bien, es al final de la obra donde el poder de la palabra concentrado en un latinajo, subraya y enfatiza mediante una cortina de humo culta, formal o arcaica, la fachada vacía de santidad y decoro adscrito a la hipocresía escondida tras cada una de los rostros del elenco actoral, en definitiva, metáfora idónea de lo que implica vivir en un alto porcentaje. Dicha obra finaliza con la frase sentenciosa del sacristán, Pedro Gailo: *Qui sine peccato est vestrum, primus in illan lapidem mittat*,

justo cuando su mujer, Mari-Gaila, mantenía relaciones extramatrimoniales con Séptimo Míau. Con independencia del significado de la obra, es el poder de la palabra el que nos conduce a plantearnos el condicionamiento moral que provoca la fuerza, el poder, la energía de la emisión en un ritual, en un instante... incluso en la «magia» del emisor.

«A través de la palabra conocemos la identidad lingüística pero también la fisonomía cultural de la persona». Tal aforismo nos era manifestado por Mercedes Abad Merino, profesora de la Universidad de Murcia, en sus clases de Dialectología, donde, a través de la lengua, los dialectos y hablas llegamos a conocer al hombre. Y es que, en la línea de las corrientes lingüísticas emparentadas con la etnografía y antropología, advertimos en la palabra un sendero histórico «a caballo» entre la tradición oral y la escritura, cuya producción, en un proceso recíproco mutuo, activa cada espacio de expresión por una retroalimentación positiva. Nos encontramos así, desde la preservación de la palabra en papel, numerosas obras que, a pesar de estar escritas, contenían en su idiosincrasia, desde la antigüedad, aspectos o claves lo suficientemente nítidas para advertir en su modelo de expansión y comunicación al lector o receptor, tintes de oralidad.

Es así que el promotor de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure, con la obra *Curso de Lingüística general* de 1916, evolucionó y transformó la etnología e incluso la antropología, propiciando que surgieran otras subcategorías o áreas de aprendizaje y divulgación, así como de conocimiento, como la fonología, la semiología con N. Trubetzkoy o R. Jakobson, y la sintaxis con L. Hjelmslev o A. Martinet. Unido a todo ello, los trabajos de campo realizados en tribus indígenas en su momento sirvieron para alcanzar el sentido de las palabras, las tradiciones orales y los mitos recogidos en estas poblaciones... lo que condujo a investigadores como F. Boas y B. Malinowski, en el periodo de 1900 a 1920 del siglo XX, o M. Griaule en Francia en torno a los años 20 del siglo XX, a consolidar la lingüística como una parte esencial de los pilares de la antropología, desarrollando el método etnográfico. Es así que, en dicho plano lingüístico, B. L. Whorf, desembocando en la denominada hipótesis de «Sapir-Whorf», establecía que el comportamiento cultural de los miembros de una sociedad estaba conformado precisamente por la lengua que hablaban, la cual determinaba el mundo conocido para dichos individuos en función de las posibilidades de conocimiento del mundo que les proporcionaba su lengua.

Es así que el ser humano desarrolló la capacidad de comunicar un mensaje en un contexto determinado para con un receptor mediante un código, fluyendo la información a través de un canal, información surgida de ese pro-

ceso comunicativo que delimitó, en la información expresada, una serie de funciones del lenguaje –R. Jakobson–, cuyo espectro determinaba y determina un campo de acción o intencionalidad, acotando funciones o posibilidades comunicativas acorde a los recursos expresados. De esta forma, las funciones del lenguaje se unían como formas de expresión junto a otra función, la función poética o estética, aquella que expresa un mensaje de una forma distinta, realzando la belleza de lo contado mediante recursos literarios que pudieren elevar, en un Signo Lingüístico, el mensaje evocador de lo adscrito a un significante, evocando incluso un significado figurado como estableció F. de Saussure.

El hombre, incluso cuando no había modelado una poética de la creación, asumía que aquello que fuere contado habría de estar en otro estadio, en otro registro, no necesariamente culto, pero sí más elevado o formal que el ente lingüístico que se perdía en el presente efímero e informal, tras su emisión a un receptor... Claro, esto nos conduce a establecer que el ser humano, desde siempre, ha nacido para hablar, comunicar, dialogar, debatir y compartir a través de la palabra, mediante una idea acorde a unos supuestos de expresión coetáneos a su ser, dado que es con la palabra con la que el hombre delimita, define, moldea y configura mundos.

Por ello, para este número de *Revista murciana de Antropología*, contamos con tres propuestas monográficas y una miscelánea que, bajo diferentes prismas, debaten con la palabra a través del ritual, en el que la mediación intercesora del vocablo, la frase o la oración, abarca en sí un proceso de introspección comunal e intrínseco, medianero, canalizador de objetivos bajo el paradigma de conductas tradicionales y/o colectivas e individuales.

Reunidos en torno a la palabra, acuden a nosotros los profesores Juan Francisco Jordán Montés, con «El poder de la palabra en el conjuro de las tormentas. La oración de las Palabras Retornadas»; Francisco José Ortega Castejón, con «Trovo y cante: troveros, letristas y discografía»; y José Antonio Molina Gómez con el trabajo «Luz y sombra de las palabras. Consideraciones sobre la Tradición Oral»; además del trabajo misceláneo de Alberto Lombo Montañés, que aborda el tema de los «Cementerios de animales: apuntes desde el subsuelo».

Dicho esto, en un intento por acercar al lector curioso de la palabra la oralidad y el ritual, *Revista murciana de Antropología*, ya con un rango de especialización y un notable bagaje en temas etnográficos, etnológicos, antropológicos e históricos, pretende pasear por propuestas que los especialistas han resuelto exponer desde diferentes prismas. Por ello, es incuestionable que el ritual está presente en todas y cada una de las líneas de investigación de este

monográfico y acaso, la palabra, desde la propia oralidad o bien desde el mundo de la escritura popularizada en un proceso sincrónico y diacrónico de tradicionalidad, nos dice de un sentir asentado en el ser íntimo y local, personal y colectivo del rito comprendido por aquellos que acometen el trance de la oración, el cante o la creencia.

La propuesta de Juan F. Jordán Montés, inmerso en el sentir tradicional y popular, conceptos ambos distintos pero complementarios, se emplaza en el mundo de la oración a través de los rezos, plegarias, jaculatorias, rogativas, preces, invocaciones, deprecaciones o súplicas, para atisbar al hombre, al individuo, en su conexión unívoca con la divinidad, con el más allá o con la naturaleza en sus múltiples fuerzas y potencias. De esta forma, nos traslada el autor la importancia de la palabra en toda manifestación ritual: «Una ceremonia, aunque esté completa en gestualidad y escenografía, si está exenta del sonido de la voz humana [...] es estéril y está abocada al fracaso».

En este trabajo caminamos con Jordán a través de la voz del pueblo. Recogida tras una profusa labor etnográfica, nos sitúa en el oficio de los *saludaos* o *salutaos*, como duro y tácito ejemplo inicial para adentrarnos en la palabra y la gestualidad o kinésica, como complemento necesario a la propia palabra, ante un atentado o amenaza de las fuerzas de la naturaleza, para centrarnos en las temidas tormentas:

Aquellas gentes de las aldeas del alto Segura contenían y conjuraban las granizadas, las lluvias torrenciales y los latigazos eléctricos que se cernían como calamidades sobre sus campos de cultivo, animales de labranza y viviendas, por medio de una serie de rituales (Jordán Montés).

El autor recoge en este trabajo los rituales y literatura «sagrada» para tal fin, procesos de contención y protección donde la palabra estaba presente como fundamental elemento canalizador de la intencionalidad del emisor, salvoconducto al fin y al cabo de las intenciones individuales o colectivas del pueblo ante una amenaza, donde la emisión del rezo, profano, acompañado de una letanía religiosa, requería precisión en su expresión, siempre acorde al desarrollo del rito, implicando por ello que debía ser emitida sin error la oración. Es en este ámbito salmódico en el que el autor nos introduce por el ritual de «Las Palabras Retornadas», con recogidas etnográficas en la Serranía de Yeste (Albacete), sometido todo a un cotejo territorial de esta oración por el norte de España a tenor de los trabajos realizados por importantes investigadores como Suárez López, Aureliano de Llano Roza de Ampudia, Amador Montenegro o Bouza Brey. En definitiva, esta oración nos sitúa en la menta-

lidad campesina cuya fórmula, en esta u otras oraciones de índole similar, protege al individuo o a la comunidad como mecanismo de defensa ante la devastadora naturaleza, incluso en diversos casos, como herramienta de sujeción del maligno, las brujas u otros seres, en un proceso de exorcización del mal.

Con Francisco José Ortega Castejón caminamos por la palabra esculpida acorde a una rima y a una medida para con el mundo del flamenco en el ámbito de los denominados cantes minero-levantinos, letras que son interpretadas por el binomio *cantaor* y guitarrista, con diversas temáticas, pero con un sesgo interpretativo profundo, hondo... proveniente «de adentro», letras en definitiva que nos hablan, en su gran mayoría, del mundo de la mina, dejando un espacio preclaro al corazón, amor y despecho, la religión o la comicidad. Pero el grueso de este trabajo avanza aún más por la palabra cuya creación parte, en gran medida, de una figura que, en la región de Murcia, adquiere un estatus de relevancia cultural debido al arte que representan y que es un Bien de Interés Cultural inmaterial. Hablamos del Trovo y los hacedores de tales versos, los troveros.

De esta forma, con Ortega Castejón nos adentramos por los senderos del repentismo que, como anotábamos, por estos lares recibe el nombre de Trovo, efecto y acción que implica versar, emitir trovas o expresar en patrones poéticos de arte menor, ideas acordes a una rima y medida, con un efecto inmediato o «de repente». También el trovo parte de otra actitud consciente cuando en el solaz del folio en blanco es escrito a conciencia, que es el denominado «Trovo de Mesa», pero sin perder la perspectiva y consustancialidad oral. También es importante este tipo de trovo, ya que es creado para ser ejecutado por un *cantaor* flamenco en un acto de manifestación artística, oral y musical.

Por ello, a esta tarima del flamenco, del ritual convertido en espectáculo, Ortega Castejón trae a colación coplas de autor, como las de los troveros Ángel Roca, José María Marín, José Castillo Rodríguez, Manuel García Tortosa, Ángel Cegarra Olmos *El Conejo II*, José Martínez Sánchez *El Taxista*, José Travel Montoya *El Repuntín*, José María López *El Perinero*, Antonio Sánchez Marín o Paco Paredes, dejando clara la relación simbiótica entre el trovo y el flamenco.

A continuación, contamos en el monográfico con la disertación propuesta por José Antonio Molina Gómez, que nos conduce desde la escritura como un componente fijo, cuya transmisión se ancla en los esquejes y pilares de la cultura mundial, desde el espectro administrativo hasta el legislativo, ya desde la Antigüedad, para ser el mundo de la escritura, además, propuesta de lo ficticio, lo legendario o novelesco... admitiendo que, desde su origen, la escri-

ra ha sido un marco de oralidad tanto en cuanto se ha alzado como un elemento visible, incluso diríamos que obvio, hasta en las producciones cortesanas o más cultas. De esta manera, el profesor Molina Gómez nos acerca a esta verdad irrefutable que nos dice de esa oralidad en la escritura, por muy canónica que fuere la producción escrita, con ejemplos extraídos de *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha*, *La cueva de Salamanca*, *La Gitanilla*, *Rinconete y Cortadillo* o *Los trabajos de Persiles y Segismunda* cervantinos... para confirmarnos lo que ya el mundo antiguo había establecido.

La creencia en un tipo de palabra inspirada, divina en su origen, que desborda al autor (ya sea individual o colectivo) de la misma, convirtiéndolo en el medio de expresión para transmitir un conocimiento superior, un verdadero mensaje divino a los hombres, y a veces relegando a ese autor a mero instrumento, se origina ya en los inicios de la poesía griega primitiva y pervive, sin solución de continuidad, hasta el final de la Antigüedad y los orígenes del cristianismo (Molina Gómez).

En el apartado miscelánea, la aportación de Alberto Lombo Montañés nos acerca al curioso fenómeno de los enterramientos de animales y el vínculo establecido con las personas, con la creencia establecida y asentada de que los animales también gozan de alma... pero donde no todos los animales van al cielo. De esta forma, transcurrimos por un trabajo en el que los cultos y rituales tanáticos se cumplimentan en animales, como si de personas se tratase, donde aparecen pequeños ajuares, ofrendas, etc., motivado e incentivado todo por el culto al animal doméstico, hasta el punto de dar cuenta de los camposantos de animales que existen.

Este escrito de Lombo Montañés nos retrotrae, no sin cierta nostalgia, a nuestro tiempo de trabajo junto al profesor Francisco J. Flores Arroyuelo, cuando buceando por los diferentes rituales de las edades de la vida del hombre en la región de Murcia, tras sondear con preguntas el espacio delimitado por la muerte y sus rituales, nos comentaron en varias ocasiones los informantes que era tradicional, o común si queremos, en un lejano ya, ciertamente, mundo campesino anterior a la guerra civil, tras una tragedia familiar, ir a la cuadra a comunicar la muerte de ese miembro de la casa al animal o animales con los que existía un vínculo filial, por mucho que estos fueran vehículos de tracción o de trabajo en los campos y huertas. En no pocos casos, nos confirmaron entonces que, tras las muertes, los animales «cogían sentimiento». Es curioso, porque la palabra, una vez más, vehiculaba no solo una información sino todo un cauce de unión o estrechos vínculos entre el hombre y la naturaleza, a través de una frase u oración cargada de sencillez y «magia» insondable.

En definitiva, tras esta trilogía de trabajos monográficos y la aportación miscelánea, la palabra anida en su circunstancia, como el «yo» de Ortega y Gasset, promovido por el ritual, por la ocasionalidad otorgada a tenor del entorno en el que el vocablo nace, vive, se reproduce y, lamentablemente, también muere. Es por ello por lo que estas líneas de investigación son necesarias para constatar una fuerza no escrita, como en la obra *Divinas Palabras* con la que dábamos comienzo estas líneas, para subrayar el poder vivificador de la palabra, sin la cual no existe rito, como tampoco comunicación ni trasvase de contenidos. Es en este trasunto donde la palabra en su signo lingüístico, en su continente a veces parco, determina contenidos capaces de insuflar vida a conductas, comportamientos rituales desde la propia oralidad o desde la creación para convertirse con el tiempo, quién sabe, en ese vaso conductor de impresiones intrínsecas o expresiones colectivas.

Emilio del Carmelo Tomás Loba
Universidad de Murcia
Sociedad Murciana de Antropología (SOMA)

